



“El socialismo es la actitud de la lucha rencorosa entre las clases, reacción de la masa obrera contra las consecuencias del liberalismo económico. Envuelve un sentido de disgregación: clase contra clase, y hace perder la idea de la Patria como unidad trascendente, superior a los destinos individuales o de grupo...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 408 (2ª Época). Septiembre 2026

1. **La sombra de Rousseau es alargada.** *Manuel Parra Celaya*
2. **Extremistas.** *Carlos León Roch*
3. **Hablemos de Revoluciones (y II).** *José Ignacio Moreno Gómez*
4. **De judíos y musulmanes de la guerra rediviva.** *Francisco Blanco*
5. **Hispanoamérica.** *José Lorenzo García Fernández*
6. **El ensayo desaparecido de José Antonio Primo de Rivera.** *Silvia Trápaga*
7. **Ha nacido un lucero.** *Gustavo Morales*
8. **Mercedes Fórmica, el feminismo nacional sin gritos.** *Fernando Palmero*
9. **13 de septiembre de 1936: José Antonio en Alicante.** *José Ángel Mañas*
10. **Laurel.** *Demetrio Castro Villacañas*

Como todos ustedes saben, el Informe PISA 2025 no ha podido ser más catastrófico para la Enseñanza en España, que presenta los peores resultados de su historia en competencias clave como comprensión lectora, matemáticas y ciencias; el muestreo registró estos datos adversos en todas las Comunidades Autónomas, con excepción de Cataluña que se desmarcó, y no porque las conclusiones fueran mejores, sino alegando razones técnicas, que se han saldado con algunas dimisiones/ ceses en puestos de segunda categoría...

No obstante, ningún político o ningún pedagogo a la violeta piensa corregirse, sino que todos, sin excepción, han recurrido al Efecto Backfire, que es “cuando se recibe una información que contradice un discurso y, en vez de rectificar, se aferra más a sus convicciones. Se blindo para reafirmar sus ideas a pesar de que las pruebas aportadas las desmienten” (Josep Oton).

Aunque el desaguado educativo pilla lejos de las aulas a este profesor jubilado, no le deja indiferente en absoluto, sino que le angustia al pensar en sus nietos o en los hijos y los nietos del resto de españoles; en realidad, el informe de marras no hace más que constatar lo que uno ya vino observando en los últimos años de su dedicación docente y, prácticamente, desde que hizo su aparición esa sopa de letras de Leyes Educativas que fueron sucediéndose sin interrupción por decisiones puramente ideológicas y partidistas.

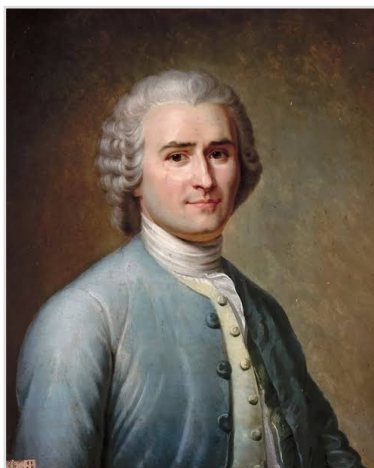
Pero no es mi intención aquí atosigar al lector con datos eruditos sobre los efectos que han ido causando, sucesivamente, en las promociones de alumnos las teorías conductistas, constructivistas o economicistas; los resultados están a la vista y no quiero hacer más sangre.

Me limitaré en estas líneas, simplificando en lo que pueda y sepa, a señalar al culpable remoto pero eficaz de este desastre educativo, que no es otro que Juan Jacobo Rousseau, que fue calificado con toda exactitud como “nefasto” en sus múltiples facetas; por caridad, no profundizaré en su biografía personal y solo mencionaré el hecho conocido de que le hizo cinco hijos a una costurera analfabeta, y, en contradicción con su supuesta pasión por la infancia, los fue colocando sucesivamente en la Inclusa; no sé qué opinarían los ecos de sociedad de ese momento histórico...

De Rousseau nos viene aquel falso optimismo de que “la naturaleza hizo al hombre feliz y bueno y la sociedad es la que lo corrompe y lo hace miserable”; de ahí deriva el mito romántico del buen salvaje, que sigue aplicándose en nuestros días, especialmente para proteger el salvajismo.

De Rousseau arranca el otro mito, también incuestionable en nuestros días, de la “voluntad general” , que se plasma en la “soberanía popular”, que es, según él, incuestionable, inalienable, absoluta e infalible.

De Rousseau, en fin, dimana la gran dolencia de las sociedades occidentales desde la Modernidad, que es el Relativismo: la negación de que puedan existir verdades absolutas al margen de las mayorías en las urnas; de ahí han derivado aberraciones sin cuento y el triunfo de la posverdad, con permiso del Sr. Habermas (q.e.p.d.).



Pero, además de esas minucias y volviendo al tema inicial, J.J. Rousseau es el padre de las corrientes pedagógicas predominantes, que podemos resumir como naturalismo pedagógico o, en términos más sencillos, “la beatería de la niñez” (J.L. Aranguren) o, también, “la superstición de lo espontáneo”, que nos ha llevado a desdeñar cualquier “medio fatigoso de aprender” (Eugenio d’Ors); es decir, en palabras vulgares, el reinado de Su Majestad el Niño, en la familia, en el aula y en la sociedad infantilizada.

Un pedagogo de verdad (Gregorio Luri) traza un listado de aspectos que han sido abandonados por sistema, al persistir esa sombra alargada del ginebrino; helos aquí: “Voluntad, hábito, talento, virtud, esfuerzo, excelencia, mérito, responsabilidad, ambición, emulación, transmisión, ejemplaridad, deberes, disciplina, memoria, verdad, silencio, constancia, caligrafía, cálculo mental, paciencia, agradecimiento, serenidad, erudición, enciclopedia, elocuencia, retórica, prosodia, respeto, sobriedad, modales, carácter, etc.,”

Desde la más tierna infancia, lo que se llaman “nuevas formas de crianza” (que, a veces, ponen los pelos de punta a quienes hemos criado hijos), hasta las aulas universitarias, la actual Pedagogía evita “cualquier exaltación del esfuerzo” (frase de Rabalais), quiere evitar un asomo de frustración, prolonga la infancia y la adolescencia, infunde un proteccionismo a ultranza y anula cualquier capacidad de resiliencia del ser humano; las propuestas contrarias son desechadas bajo la sombra de sospecha; volviendo a Luri, este nos dice que es necesario y urgente sobrepasar el “yo quiero” y el “yo siento” y volver al “yo debo”.

Instalados en una sociedad que da prioridad a la instintividad y a su pariente próximo el sentimentalismo desbordado, hemos relegado la inteligencia, la razón y la voluntad en nuestros alumnos. Quizás algún día logremos desprendernos de esa sombra alargada de Rousseau en nuestras sociedades y, de entrada, en nuestras aulas, y entonces los informes PISA sean más favorables.

Muchos les denominan “Ultras”, o “derecha extrema” o “ultraderecha”... Yo, que tengo amigos entre ellos, he querido comprobarlo leyendo y analizando sus 100 propuestas. He aquí algunos comentarios:

* Empiezan proponiendo la ilegalización partidos de los partidos políticos separatistas, explícitamente prohibidos por la Constitución vigente.

* Proteger eficazmente los símbolos nacionales (Bandera, Himno, Rey, Constitución...)

* Proteger el derecho y el deber del idioma español.

* Supresión de las Policías Autonómicas.

* Proclamación del Estado Unitario, con un solo Gobierno y un solo Parlamento.

* Permanente reclamación de Gibraltar.

* Deportación de los inmigrantes ilegales, y de los legales con delitos graves.

* Priorizar la inmigración de nacionalidades afines..

* Pensiones contributivas exentas del IRPF.

* Tarjeta Sanitaria Única. Suprimir el aborto y el cambio de sexo en la SS.

* Apoyo a familias numerosas y a la natalidad, con defensa de la vida desde la concepción a la muerte natural.

Estas son algunas de las propuestas de los “extremistas”. Hay más.

Toda revolución enfrenta un problema que suele quedar oculto tras el entusiasmo inicial: ¿quién gobernará el nuevo orden?

El semanario falangista Arriba de 1936 constituye una fuente de extraordinario valor para comprender cuáles eran las inquietudes de la Falange de José Antonio en aquellos días históricos. En particular, dos artículos sobre el «control obrero», publicados en la primavera de ese año, aportan pistas reveladoras acerca de cómo la Falange de aquellos meses, vísperas de tantas tragedias, esperanzas y frustraciones, entendía la misión y el alcance de la revolución que preconizaba.

La preocupación por la relación entre movilización popular y capacidad efectiva de gobierno recorrió buena parte del pensamiento político europeo entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Las reflexiones de Antonio Maura sobre la «revolución desde arriba», la crítica orteguiana de la sociedad de masas, el sindicalismo revolucionario francés o las investigaciones sociológicas de Robert Michels y Gaetano Mosca respondían, desde perspectivas distintas, a una misma pregunta: ¿quién gobernará después de la revolución?

Existe, sin embargo, un falso dilema entre revolución desde arriba y revolución desde abajo. Esto plantea inmediatamente un problema teórico. Habitualmente se contraponen la revolución desde arriba, impulsada por las élites dirigentes, a la revolución desde abajo, protagonizada por las masas populares. Sin embargo, esta oposición resulta insuficiente para comprender la complejidad de los procesos revolucionarios.

Una revolución auténtica no puede reducirse a una imposición ejercida desde el poder, pero tampoco puede identificarse con una mera explosión espontánea de protesta. Las transformaciones históricas profundas sólo adquieren estabilidad cuando logran arraigar en las conciencias colectivas y modificar las formas de entender la realidad.

Ramiro Ledesma, seguidor, en muchos aspectos, de Hegel, señalaba que “una revolución no es nunca lo que se proponen media docena de dirigentes... Las máximas lealtades al espíritu del pueblo resultan siempre a la postre triunfadoras, y todo cuanto resulte y salga de la revolución posee el mayor grado de legitimidad apetecible; es la esencia misma del pueblo, sin falseamiento ni trucos. Lo de menos es en nombre de qué se hace la revolución y qué elementos directores la impulsan. Todo es mero pretexto que no influirá para nada en los resultados finales”

José Antonio, bastante menos hegeliano y más apegado al pensamiento tradicional y a los esquemas clásicos, no tenía esa fe en el “espíritu del pueblo”. Afirmaba que «una revolución, si ha de ser fecunda y no dispersarse en alborotos efímeros, exige la conciencia clara de una norma nueva y una voluntad resuelta para aplicarla». En otra ocasión, aparece apoyando la propuesta maurista y sostiene que «la revolución desde arriba es la única manera decente de hacer revoluciones». Pero la norma es la clave. Una norma nueva, aunque no necesariamente desconectada de una



tradición. Una revolución meramente desde arriba es un sinsentido tan clamoroso como una fiesta sin invitados, al igual que una revolución meramente desde abajo no pasa de un simple motín útil para los manipuladores y pretexto para que intervengan inmediatamente la caterva oportunista de los llamados conductores de masas.

En este sentido, lo decisivo no es quién formula inicialmente la propuesta revolucionaria, sino su capacidad para ser asumida socialmente. Toda revolución implica una nueva visión del mundo, una alteración de las categorías intelectuales y morales mediante las cuales una sociedad interpreta su propia existencia. Los grandes cambios históricos suelen nacer en minorías especialmente activas o creativas. Sin embargo, sólo se convierten en revoluciones cuando son interiorizados por amplios sectores de la población. Entre ambos momentos se desarrolla un proceso de interacción, adaptación y maduración que impide reducir el fenómeno revolucionario a una simple dinámica vertical u horizontal.

Centrándonos en los dos artículos publicados en Arriba los días 21 de febrero y 5 de marzo de 1936, que abordaban directamente este problema: su punto de partida es la constatación de la crisis del capitalismo liberal y del agotamiento de las soluciones reformistas tradicionales. Sin embargo, el autor introduce inmediatamente una matización decisiva: derribar un orden económico no equivale a saber administrar el que habrá de sustituirlo.

La observación posee una notable profundidad teórica. Los trabajadores conocen los aspectos concretos de la producción en los que participan, pero no necesariamente la totalidad de los mecanismos económicos y organizativos que permiten el funcionamiento de una empresa. Del mismo modo, los propietarios tampoco suelen poseer un conocimiento completo de las estructuras productivas que controlan. Por ello, la desaparición de una clase dirigente no elimina automáticamente la necesidad de dirección, coordinación y gestión. La revolución, por sí sola, no genera competencia técnica ni capacidad organizativa.

Esta idea conduce a una de las tesis centrales del planteamiento estudiado: la capacidad para destruir un orden social no garantiza la capacidad para construir uno nuevo. La movilización revolucionaria y el ejercicio del gobierno constituyen realidades distintas que exigen aptitudes diferentes.

Frente a las concepciones que identifican la revolución con una mera conquista del poder o con una explosión espontánea de las masas, la Falange de 1936 ya sostenía que toda transformación profunda exige la formación previa de capacidades directivas. El control obrero aparecía no sólo como una reivindicación sindical, sino como un instrumento pedagógico destinado a evitar que la revolución degenerase en simple algarada o desembocase en la sustitución de unas élites por otras. La reflexión conecta con problemas clásicos de la teoría política moderna, como la relación entre

legitimidad y competencia, la formación de las élites y la capacidad efectiva de gobierno.

El control obrero ha de entenderse como auténtica escuela de gobierno. La respuesta que parecen proponer los textos de Arriba se articula precisamente en torno al concepto mismo de control obrero. Dicho concepto es entendido en un sentido mucho más amplio que el habitual. El control no significa simplemente vigilancia o fiscalización de la actividad empresarial. Significa, sobre todo, participación progresiva en la gestión económica y administrativa. Los consejos de fábrica, la intervención en cuestiones organizativas, el acceso a la información económica y el conocimiento de los procesos productivos forman parte de un mismo proceso educativo. La finalidad esencial de este mecanismo es formativa. El objetivo consiste en preparar a los trabajadores para asumir responsabilidades directivas mediante una experiencia gradual de aprendizaje. Desde esta perspectiva, el control obrero se convierte en una auténtica escuela de gobierno económico. Su función no se limita a la defensa de intereses inmediatos ni a la mejora de las condiciones laborales. Aspira a crear una nueva élite técnica surgida del propio mundo del trabajo.

Esta dimensión pedagógica resulta fundamental para comprender la originalidad del planteamiento de los falangistas. La revolución deja de ser concebida como un acontecimiento repentino para transformarse en un proceso continuo de capacitación colectiva.

Más allá de Maura, hablaríamos de una revolución organizada. La comparación con la idea maurista de «revolución desde arriba» permite apreciar mejor la singularidad de esta propuesta. Cuando Antonio Maura defendió la necesidad de una revolución desde arriba, pretendía impulsar una profunda regeneración nacional desde las instituciones existentes. La responsabilidad principal recaía sobre las élites políticas y administrativas ya establecidas. Los textos de Arriba, y la propia convicción de José Antonio, comparten con Maura el convencimiento de que ninguna transformación profunda puede sostenerse sin organización, competencia y dirección. Sin embargo, difieren radicalmente en el sujeto encargado de generar dichas capacidades.

Mientras la solución maurista confía en las élites tradicionales, el planteamiento nacionalsindicalista busca formar nuevas capacidades dirigentes dentro de las propias masas trabajadoras. El objetivo no es mantener indefinidamente la tutela de las élites existentes ni abandonar el cambio a la espontaneidad revolucionaria, sino construir una nueva capacidad de dirección desde la base social. En este sentido, la propuesta puede interpretarse como una tentativa de síntesis entre la revolución desde arriba y la revolución desde abajo. La dirección resulta indispensable, pero debe surgir de un proceso previo de formación y participación.

Por otro lado, el motín es un fracaso de la revolución y una trampa contrarrevolucionaria. Uno de los aspectos más sugerentes de este tema es la distinción entre revolución y motín. La crítica del motín no posee únicamente una dimensión moral. Constituye, sobre todo, una categoría política. El motín representa la movilización sin organización, la destrucción sin construcción institucional, la protesta incapaz de convertirse en poder constituyente. La preocupación por este problema no era, además, exclusivamente falangista. Indalecio Prieto advertía en 1936: “Lo que no puede soportar una nación es la sangría constante del desorden público, sin una finalidad revolucionaria inmediata; lo que no soporta una nación es el desgaste del poder público y de su propia vitalidad económica, manteniéndose en el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad.”

Desde esta perspectiva, la diferencia entre revolución y motín no depende del grado de violencia empleado, sino de la capacidad para crear un nuevo orden estable.

Una revolución triunfa cuando logra sustituir las instituciones del régimen anterior por otras capaces de desempeñar sus funciones. Los motines fracasan cuando destruyen las estructuras existentes sin disponer de mecanismos alternativos que permitan organizar la vida colectiva.

La historia contemporánea ofrece numerosos ejemplos de esta dinámica. El derrumbe de un sistema político suele generar vacíos de poder que terminan siendo ocupados por aquellos grupos mejor organizados o técnicamente más preparados. La energía revolucionaria, por sí sola, rara vez basta para garantizar la estabilidad del nuevo orden. La revolución necesita élites y competencia. Las reflexiones contenidas en los textos del periódico Arriba presentan evidentes paralelismos con algunas de las principales teorías sociológicas de su tiempo. Robert Michels había formulado la conocida «ley de hierro de la oligarquía», según la cual toda organización compleja tiende a generar minorías dirigentes especializadas. Gaetano Mosca, por su parte, insistió en la inevitabilidad de una clase política encargada de dirigir la sociedad. Aunque los artículos no citan expresamente a estos autores, su razonamiento converge con tales planteamientos. Toda revolución destruye una minoría dirigente, pero la complejidad de la realidad social obliga inevitablemente a la formación de otra.

La cuestión decisiva no consiste, por tanto, en eliminar las élites, sino en determinar cómo se forman y a quién representan. El control obrero pretende responder a este desafío mediante la creación de cuadros técnicos y administrativos procedentes del propio mundo del trabajo. Su finalidad última consiste en evitar que la dirección económica vuelva a quedar monopolizada por grupos externos a los productores.

La originalidad del planteamiento de la Falange de José Antonio reside precisamente en la aspiración a construir una revolución competente: una revolución capaz no sólo de destruir un orden considerado injusto, sino también de crear otro

nuevo y sostenible. Según la intuición fundamental de aquellos textos, y de otros en la misma línea, la diferencia decisiva entre una revolución creadora y un tumulto estéril no reside en la fuerza empleada para derribar un sistema, sino en la capacidad adquirida para gobernar el que surge después. Una revolución no triunfa cuando destruye un orden, sino cuando forma a quienes serán capaces de gobernar el nuevo.

La revolución no fracasa cuando encuentra resistencia: fracasa cuando no sabe gobernar.

Las revoluciones han dejado de formar parte del lenguaje de nuestro tiempo. Pero bajo la apariencia de progreso, aquella noción de dignidad que, con todas sus contradicciones, todavía podía encontrarse incluso en el materialismo marxista de otras épocas, ha sido desplazada por una sociedad entregada al capricho, al individualismo y al consumo sin medida. Se han confundido así la libertad con la satisfacción inmediata y el bienestar con la acumulación y el derroche.

Frente a este páramo de frivolidad y deshumanización, la memoria de José Antonio constituye una referencia política y moral para quienes reivindican una concepción de la sociedad fundada en la dignidad de la persona. Su legado plantea una exigencia severa y permanente: que la libertad no se reduzca a salvaguardar el interés egoísta de unas élites privilegiadas ni a las falsas libertades con las que quieren distraernos mientras tanto dichas élites; y que la justicia social deje de ser una promesa abstracta para convertirse en un principio efectivo de la vida colectiva.

4

De judíos y musulmanes de la guerra rediviva

Francisco Blanco

I.-DE JUDÍOS

Durante la guerra civil rediviva, la afiliación en la Falange de españoles residentes en el extranjero se encontró con una excepción notable, que puede calificarse de tacha para su Servicio Exterior, y que consistió en la privación de hacerla extensible para los judíos sefarditas. Destacadas figuras de la Falange como Giménez Caballero o Agustín de Foxá habían mostrado un sentimiento en su favor, a veces incluso retorcido como lo fue en el último: “Frente al antisemitismo impostado que deslizará en Misión en Bucarest, defiende aquí la atención que ha de prestarse a los descendientes de los expulsados por los Reyes Católicos...” (Álvaro de Diego) y aunque este comportamiento, en opinión de algún crítico de la Falange, lo fuera por razones “imperialistas” (Álvarez Chillida) es cierto que existía una corriente de simpatía hacia ese eslabón hispánico desperdigado por el mundo. Con fecha 31 de octubre de 1936 desde Bucarest, con cien días de guerra, el escritor y diplomático falangista fue todavía más contundente: “Aquí trato de fundar una Falange con los

jóvenes sefarditas. Son todos partidarios de Franco. La colonia judía está haciendo una colecta para nuestro ejército. Patrióticamente dan hasta los anillos de boda”.

Estos sefarditas, unos tres millones, descendientes de los expulsados por el decreto de la Alhambra de 1492 se dispersaron por distintas zonas de Europa, África y próximo oriente. Olvidados durante mucho tiempo, la guerra que se mantiene en Marruecos en 1859 les descubre. Los militares españoles se encuentran en ciudades como Tánger a habitantes que les reciben con cariño, que les denuncian los abusos que sufren por los musulmanes y que hablan en español. Un testigo de aquello, Pedro Antonio de Alarcón (“Memorias de un soldado de la guerra de África”) lo refiere: “comparando nuestra benignidad con la inhumana fiereza de los musulmanes, nos abrazaban y nos besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente”... “Pues la verdad, señor, exclamó Abraham con una humilde sonrisa es que los moros tenían una idea muy triste de España. Odiábanla sobre todas las naciones, porque ellos las odian a todas, y despreciábanla aun más que al pueblo judío... ¡y mire usted que a los judíos nos despreciaban de corazón!”

Este descubrimiento bélico, amable y folklórico, despertador de curiosidades y filias se iba a encontrar con otra realidad no sefardita, pero sí judía. A finales del XIX Teodoro Herzl publicaba “El Estado judío”: ensayo de una solución moderna de la cuestión judía, el movimiento sionista estaba en marcha y, aun con dificultades al principio, se abriría paso y en poco tiempo cobraría enorme importancia-Declaración Balfour-.

Se contraponían a esas simpatías las opiniones antijudías de algunos pensadores (o así tenidos) del bando nacional, caso de Onésimo Redondo, quien había sacado a la luz en sus escritos lo que se podría denominar como subconsciente castellano de la maldad de los judíos y, acaso también, el posible contagio de su estancia en Alemania, un antisemitismo en realidad más emparentado a creencias religiosas que a prácticas de segregación racial, porque como excelente conocedor de Castilla bien sabía que fueron muchos más los que se quedaron aquí que los que se fueron, que el dilema planteado en 1492 fue expulsión para los que siguieran la religión judía, integración para los que se convirtieran con resultas bastante más elevadas para estos últimos; eso sí, sin impostación porque en caso contrario lo iban a llevar crudo. Sabía también que otro caudillo de Castilla, Juan Bravo, capitán comunero, contino del regente Cisneros y fidelísimo a la corona había contraído matrimonio y por dos veces con mujeres de familia judía. O sea, que la fusión se daba y los estatutos de limpieza de sangre bastante menos intensos de lo que intentan sus propagandistas. En resumen que se había construido un mito de larga duración con la identidad judío=maldad con base en principios religiosos, reproducido sistemáticamente por los aparatos ideológicos del poder a través de los tiempos.

Al ya referido de Onésimo Redondo hay que sumar algunos más. Así, por ejemplo, se reactivaban textos neo testamentarios desde plumas azules: “Por todo cuanto llevamos expuesto no parece excesivo el juicio vertido por N.S. Jesucristo y recogido por San Juan en el Cap. VIII, Vers. 44 de su Evangelio: “Vosotros sois hijos del diablo...” o la gráfica caracterización de Nuestro Señor Jesucristo reproducida por San Mateo y dirigida a los judíos, Cap. XXIII, Vers. 34: “serpientes, raza de víboras” (Nihil Obstat).

Este tipo de ideas-juicios, que rigió la mentalidad cristiana durante siglos, llegaría a su fin y así en 1938-tiempos cruciales- el Papa Pío XI proclamaba que espiritualmente los católicos eran un pueblo semita y el papa Juan Pablo II les consideraría en fecha mucho más reciente “hermanos mayores” (1986 sinagoga de Roma). No obstante destacadas personalidades religiosas, que no germanos paganizantes, dispusieron de ideas bastante alejadas a las de los papas aludidos tal y como ocurría con el provincial de los jesuitas de Checoslovaquia en 1937 muy en sintonía con lo que se legislaba en Alemania.

A una ideología como era la falangista y remitiéndonos (¿a quién si no?) a José Antonio Primo de Rivera, que consideraba al catolicismo como la religión verdadera e histórica de España, esas afirmaciones papales hubieran confirmado la razón de su no antisemitismo, su explícita negación del racismo; no obstante, teóricos del mundo azul, apoyados en la tradición histórica no tan amable sino todo lo contrario, no se mostraron tan de acuerdo con lo último expresado, y en sus escritos se puede leer:

“El tema judaico se aborda por el semanario Arriba sin demasiados tapujos y por plumas cualificadas. Es José Antonio quien, de hecho, dirige el semanario y otorga el nihil obstat para que se den directrices y se marquen posiciones en tan agudo y complejo problema. En el primer número, en el espacio central de la página quinta, llama la atención un suelto que lleva dentro del recuadro que lo enmarca el emblema del movimiento y que convoca a una “Tarea Urgente” (NIHIL OBSTAT).

El recurso a intelectuales de la Falange de la primera hora, como el jefe del servicio exterior de la FE, diplomático y apasionado de José Antonio, también se convertía en argumento de autoridad: “En esa misma plana, Felipe Ximénez de Sandoval apostillaba en un comentario las posibles alianzas europeas: “No valdría la pena de haber reconstruido Roma, su esencia y su alto ideal de civilización para aliarse ahora con la barbarie tártara y el espíritu judaico.” Otro recurso se encontraba en el consejero nacional de la Falange, Emilio Alvargonzález con un elocuente y nítido titular: “El mundo comienza a desenmascarar al enemigo común”, que reproducimos íntegro por su alto valor testimonial: “En Nuremberg, la liga universal antijudía, celebró un acto que fue de gran importancia y que será de gran trascendencia, si los ciudadanos de todas las naciones, recogiendo lo que allí quedó plasmado, abren los ojos a la realidad. Un alemán, el señor Streicher, señaló y

proclamó como enemigo del mundo al Judío, que no conoce patria y para quien el oro es su único Dios.”

La construcción del mito judío disponía de un imaginario sencillo pero grabado en las conciencias hasta las cachas: deicidas a lo largo de los siglos, creadores del liberalismo masónico anticatólico y del capitalismo y, por si no bastara, fuente del socialismo y del comunismo. En román paladino: “Masonería y comunismo engendros hebreos” (Moure Mariño).

Había, pues, que darles batalla porque el catolicismo -con Cristo como eje- era medular en la historia de España (n.p.25), porque la destrucción del capitalismo era tarea no solo económica sino moral (J.A. Primo de Rivera) y porque se hacía ineludible “el exterminio y la disolución de los partidos marxistas, considerándolos antinacionales y traidores” (Ramiro Ledesma). Todo ello muy en sintonía con la obra que circulaba por ciertos ambientes de Europa y también de España, “Los Protocolos de los sabios de Sion”, adjudicada su autoría como trampa a los servicios policiales zaristas y cuya huella es perceptible en esas corrientes antijudías. Para desprestigiar la veracidad de la autoría de los protocolos, tras los intrínfulis del juicio de Berna, aparecía de responsable Boris Lifschits, un judío multimillonario y miembro en su día de la Komintern. Sin embargo, convencidos de su veracidad, se difundía en la prensa y propaganda falangista.

Se pensó, en aquel plan de dominio universal teóricamente trazado, que había un proceso estructurado mediante el cual se fabricaban judíos (Gaspar Tato Cumming). Cuando alguien destacaba en cualquier campo (pintura, filosofía, ciencias etc.) aparecía siempre Sion para hacerse con él, primero desnacionalizándole, privándole de su patria, para a continuación judaizarlo, buscando o rebuscando rasgos étnicos o apellidos. Privado de su nacionalidad, en una situación de apátrida, pasaba a ser judío. A España ese fenómeno de captación-absorción del judaísmo también habría llegado: “En España han entrado gran número de judíos. Hay masones en todos los organismos fundamentales del Estado: magistratura política, administración pública, ejército. Hay muchos vividores del socialismo y del comunismo. El panorama es alarmante. Los españoles tenemos que hacerles frente con decisión y energía: expulsando a los primeros, e inutilizando a los demás de una manera radical, incluso echándolos, si es preciso del territorio nacional...” (J.L.Jerez). El pero que se podría poner reside en que la posibilidad de entrada de judíos en España se articulaba en una ley del general Primo de Rivera, del padre del fundador de la Falange, de diciembre de 1924 que permitía a los judíos sefarditas la nacionalidad española y que, afortunadamente, servirá de fundamento en los tiempos de exterminio para salvar a muchos de ellos.

Convendría tener en cuenta también que rescoldos de la valoración o sobrevaloración de los judíos, de su capacidad para ser minoría selecta y aristocrática no, por supuesto, para servir al bien, se vivieron muchos años después. Fueron

famosas las charlas de Eduardo Aduara que ante auditorios de juventudes falangistas de los años sesenta y principios de los setenta, además de la metáfora de los sombreros, convertía en inevitable la conclusión de que el mundo moderno-de entonces y poco antes- lo habían configurado cuatro judíos: Einstein en Física, Bergson en Filosofía, Marx en Economía y Freud en Psiquiatría. Y todos los asistentes quedábamos pasmados.

Consecuencia de la infiltración maligna se hacía imprescindible el exterminio de la trilogía judaísmo, masonería y comunismo y en algún momento se pasaría de las argumentaciones teóricas al trabajo de campo, al camino de la práctica, al abandono de la entelequia, como ocurrió con el ataque de algunos falangistas a los almacenes SEPU de Madrid en marzo de 1935 donde eran explotadas mujeres falangistas, una escaramuza y no mucho más cuyas actuaciones judiciales fueron archivadas. Consecuencia de aquello fueron las heridas a cuatro mujeres y tres hombres y cuya mayor gravedad la tuvo Gregoria Núñez Sanz que requirió asistencia médica durante cincuenta días siendo muchos más leves los daños a los demás. Los desperfectos fueron tasados en 7.368 pesetas y los enseres deteriorados en torno a las 800 pesetas. Aquel ataque contó con soporte teórico, con manifiesto, que es lo adecuado en cualquier tipo de golpe: “Seguiremos tenaces. Tan tenaces como los judíos que explotan estos almacenes en sus tropelías. La campaña contra los modestos industriales y comerciales, la intensifican. Para eso cuentan con ayudas poco estimables. Es posible que salgan con la suya. Es posible que extiendan sus negocios a todos los rincones de España y el golpe que sufra la débil economía de industriales y comerciantes sea decisivo. Cuentan con medios sobrados para hacerlo. Dinero, mucho dinero, organización internacional, hábitos bien contrastados en extraer el jugo a los países confiados y alegres. Y cuentan sobre todo con políticos de etiquetas populares que les ayudan a hacer amable la legislación social o a hacer cada día su código...” (J.L. Jerez).



Los almacenes SEPU servían como una muestra más de la invasión del capitalismo judío en España a través de personajes que se estaban incrustando en nuestra patria con objetivos antinacionales, rompedores de la concordia con su avaricia, responsables de la explotación de sus trabajadores y de provocar la ruina al pequeño comerciante hispano: ”Combate el gran capitalismo internacional y judaico que está invadiendo nuestra Patria con daño de la Industria y el comercio. A tal fin cita

el ejemplo de una serie de empresas que existen en España y que han sometido al capital extranjero la economía nacional.” (J.L. Jerez)

Este fenómeno de enemistad no era particular de España ni exclusivo de este tiempo, pero sí que se daba en nuestra Patria muy amortiguado y en esta época. Se partía de meter en el mismo saco a todo el universo judío cuando las relaciones entre ellos no eran perfectas. Los judíos diseminados no tenían identidad de rasgos comunes, no tenían unidad racial y eran los residuos de tres grandes grupos: los sefarditas, los askenazis y los añadidos aluvionarios. Los judíos ortodoxos habían afeado a los sionistas emplear medios “demasiados terrenales” olvidándose de la confianza en la voluntad divina (Hakenete gedole. Viena). Pero todo se simplifica, así es más fácil, así es más burdo; entendamos, en Centroeuropa se ha despertado un sentimiento recurrente, antijudío y mayoritario. En países donde habían convivido con tolerancia empieza a despertarse el distanciamiento y la desconfianza, se rompen reglas, se aísla a los judíos (Zweig). Donde cristaliza aquello mejor es en Alemania, no se les quiere, se recurre a la identificación judío/ enemigo de la nación, a las concentraciones y a leyes de segregación para que desaparezcan del espacio nacional. De ahí los acuerdos de transferencia entre autoridades alemanas y organizaciones israelitas como primera medida para que abandonaran territorio alemán y marcharan a Palestina y luego, con la guerra en marcha, a Madagascar (un imposible). Cuando comenzó la expansión germana en busca del “lebensraum” (y luego más) repetían proceder con los nuevos judíos encontrados e incluso con antiguos conocidos con los que volvían a coincidir (Ana Frank). Ya llegaría la solución final-conferencia de Wannsee-, el exterminio, la Shoah.

Catalizador del antijudaísmo fue la guerra civil rediviva y en ello fueron responsables soportes ideológicos del bando nacional y también la manifiesta proclividad de personalidades y organizaciones judías hacia el bando republicano y en contra, pues, de los sublevados. La Falange no había demostrado una tendencia esencial de condena a los judíos, aparte del mantra citado, hasta que las circunstancias internacionales y el acercamiento hacia ideologías antisemitas introdujeron reticencias. Exceptuando el incidente de SEPU que apenas pasó de lo que hoy es escaramuza no se registran actos antijudíos en aquella coyuntura. Se puede opinar que no los hubo porque en España no había judíos como señaló otro hipercrítico enemigo, jugando con la trampa del posibilismo (H. R. Southworth); bien, pero lo cierto es que no los hubo. Más aún tanto en Madrid o en Barcelona existían dos importantes comunidades judías. Si hubiera existido antijudaísmo real, aparte del recurso de la alianza retórica con masones y comunistas se habría producido algún acto de odio o violencia. No tenemos constancia. Y dejando aparte a los falangistas españoles con antecedentes judíos, que sin duda hubo, se llegaron a dar casos de afiliados (o potenciales afiliados judíos como ya se ha indicado al comienzo) en núcleos de la Falange Exterior como el de Santiago Elías de la extensión de Milán antes que

medidas prohibitorias impidieran hacerlo. En abril de 1938 y ante las demandas de ingreso de sefarditas estacionados en Rumanía, el Delegado Nacional del Servicio Exterior, José del Castaño Cardona, indicaba al delegado falangista en aquel país que las peticiones de ingreso no deberían ser atendidas en tanto hubiera pronunciamiento claro sobre el tema. Un mes más tarde llegaba.

Un presupuesto que hay que tener en cuenta: la luz cegadora que produjo Alemania en España y en la Falange en particular a partir de la guerra mimetiza ciertas expresiones referidas a los judíos que serán recogidas en medios de la prensa y propaganda falangista donde la influencia germana, bien por la admiración de sus responsables, bien por el directo control de Alemania en ciertos nombramientos (Justino Sinova) era un hecho. Prolongaciones del antijudaísmo se producían en escritos de Gil Gómez Parrado: "La España roja sede del judaísmo internacional" en donde se achacaba a la irrupción de la república de 1931 ser la llave de entrada de los judíos sefarditas (olvidando quién había sido el promotor) y acusando a intelectuales de labor meritoria como Ángel Pulido su quehacer por la construcción de una biblioteca de tinte sefardita. Un despropósito. No se olvidaba tampoco de citar a Albert Einstein como colaborador de la España roja o de los líderes de las Brigadas Internacionales Hans Beimer y Paul Wolf, ambos judíos, unidades militares en las que se suponía un contingente judío muy elevado, en torno al 30 por ciento de la tropa. El tema judío, en el que era evidente la simpatía de la izquierda hacia él y la antipatía de los nacionalistas de toda Europa y parte del otro mundo, aunque hoy a algunos cueste creerlo. González Díez, propagandista de la Falange-o del entramado con ese nombre- en marzo del 37 publicaba, auspiciado por la Prensa y propaganda azul, "El judío errante", un artículo que era una manifestación historicista de carácter religioso en base a la oposición antigua, creída y practicada de judíos vs. Jesucristo. Otras veces se recurría a la historia como maestra de la vida y se encontraba la razón preclara de la expulsión judía en 1492: "¡Cuánto se ha injuriado, por historiadores parciales, esta medida de nuestros católicos monarcas, pero luego en pleno siglo XX, venir a concluir en las mismas medidas y pensamiento por los mismos motivos y aun no tan humanitarios." Y ya en el 38, en plena guerra civil con el apoyo alemán de por medio, con la luz cegadora presente, la prensa falangista se hacía eco del antisemitismo de la exposición de Núremberg: "En la historia del comunismo los judíos juegan un gran papel. La primera sala: Asia caminando a Europa. Judíos egipcios tallados en mosaico, judíos persas... Y a través de varios siglos los mismos ojos, la misma expresión... Los últimos judíos invaden la intelectualidad, la Banca, la Política. Nombres y fotos." Y para Fray Justo Pérez de Urbel, azulado en guerra, historiador y futuro abad del Valle, había un paralelismo histórico entre lo que ocurría y lo que ocurrió, allá cuando el reinado de Wamba: "judíos y galos contra España".

"Nuestro enemigo el judío". "El pueblo judío al descubierto" "El judío. Garrote vil". "Ofensiva del judaísmo internacional". "Los judíos contra España" etc. fueron

artículos que orlaban la prensa falangista, secciones impuestas de homologación con la nueva Europa que se estaba pergeñando y en paralelo a la dinámica seguida en Alemania. Letras impresas, retórica escrita que quedó colgada en los papeles como una especie de marginalia obligada sin consecuencias prácticas afortunadamente.

El control del relato siempre ha sido clave, ahora en guerra más que nunca con los instrumentos de que se dispone. La opinión pública es manejable y hay que saber cómo dar la información para conseguir su aquiescencia y la reproducción del mensaje interiorizado por los receptores resulta clave. Y había que neutralizar aquello o, al menos, contrarrestarlo. Tenemos dos ejemplos muy significativos en Francia y en USA. El control de las fuentes de información mundial tenía entre sus puntales a la agencia Havas fundada en 1835 por el judío Charles Louis Havas y en donde otro judío Rosembleth se había convertido en el gran accionista, su relación con la distribuidora de periódicos Hachette inundaba los puestos de prensa y también esta distribuidora estaba en manos judías. La central enemiga, el Servicio Mundial denunciaba la desinformación del emporio judío francés y hacia llegar su denuncia a los órganos de propaganda falangista.

En Estados Unidos con Fernando de los Ríos, tildado de judío desde hacía mucho, en el cargo de embajador del Frente popular, los intentos de captación de voluntades fueron importantes. La propaganda anti bando nacional en USA era controlada por los judíos por medios de comunicación y hasta por las sinagogas. La exaltación de los combatientes judíos en el bando republicano hacía referencia a reportajes de lugares lejanos para resaltar otro mantra recurrente pero efectivo: la lucha de la humanidad en contra del fascismo, y así se relataba como en la revista judía ucraniana de Mukachevo aparecían luchadores esenciales defendiendo a la humanidad, en la línea de combate, en la lejana España, yanquis, sastres de Galitzia o zapateros lituanos.

El delegado de prensa y propaganda de la Falange en USA, el eminente oftalmólogo Ramón Castroviejo remarcaba el apoyo social que el bando rojo tenía en aquella nación, con una sociedad muy permeable para dejarse engañar por instrumentos controlados por los judíos. Los medios de comunicación-prensa, radio y cine-, la banca y el comercio todos al servicio de la mentira. Para Ramón Castroviejo también se producía la identificación entre judíos y comunistas y señalaba directamente a las publicaciones “Esquiret”, “Coronet” y “Ken”-editadas por israelitas- adiestradas para actuar contra cualquier gobierno que se opusiera al comunismo. Esa invasión de ideas llegaba a las más altas esferas. El presidente Roosevelt era proclive y la primera dama era presentada como ardiente defensora de las maniobras judías y participante en actos contrarios a la causa nacional de España.

Ramón Castroviejo se quedaba corto en la relación de contrarios, muchos más de los que mentaba en la colección epistolar que soporta esta opinión. Otros y de relieve

como el escritor Michael Gold (seudónimo de Itzok Isaac Granich) con la revista “New Masses” y el libro “Judíos sin dinero”, una obra interesante, de lograda ambientación y ritmo y de cuyo capítulo XIII “Judíos y cristianos” aporlo citas literales para la comprensión más clara del mundo en que se sumergía este escritor, un imaginario contundente para la creencia de las masas, que suele obviarse, de victimismo y rencor, de resentimiento, de enfrentamiento y aniquilación del enemigo:

“Mi madre era enemiga de los italianos, irlandeses, alemanes y demás cristianos que nos rodeaban. (...)”

—¡Mal rayo los parta a unos y a otros! —decía echando llamas por los ojos—. Viven como cerdos, han echado a perder el mundo. Y odian y matan a los judíos. Podrán dárseles de amigos, pero a nuestras espaldas se ríen de nosotros. Yo los conozco bien. Los he visto en Hungría. (...)”

El East Side nunca se olvidaba de Europa. Nosotros, los chiquillos, oíamos interminables relatos de los pogroms. Joey Cohen, que había nacido en Rusia, recordaba uno. Los cristianos habían matado a su tío clavándole un clavo en la cabeza. Cuando pasábamos por delante de una iglesia cristiana teníamos mucho cuidado de escupir tres veces; de no hacerlo nos ocurriría seguramente alguna desgracia. Estábamos obsesionados por los horrores que oíamos contar. Los cristianos secuestraban a los niños judíos y les grababan una cruz en cada mejilla con un hierro candente. También les cortaban las orejas para hacer sopa; Nigger había visto una vez orejas de judío en el escaparate de una carnicería cristiana. —En otros tiempos —decía mi madre— los cristianos perseguían a los judíos como conejos. Se reunían miles de ellos en el mercado, los atracaban de cerdo a la fuerza, con espadas, y querían obligarlos a bautizarse. Los judíos, naturalmente, rehusaban. Entonces los quemaban en grandes hogueras, y los cristianos reían y bailaban alrededor viendo a los pobres judíos consumirse como velas. Así son los cristianos, ¡Así los quemen a ellos también algún día! Estas historias se quedaban impresas en mi corazón, y en las calurosas noches de verano soñaba con feroces ogros cristianos, del tamaño de las casas de vecindad. Se sentaban encima de mi pecho y me apretaban la garganta cruelmente con sus dedos viscosos, gritando: “¡Judío, judío, judío!”.

El cine, Hollywood era un vivero de lucha contra la España nacional. Claudio de Monfort así lo hacía ver en “El cine al servicio del marxismo”, la utilización del séptimo arte como arma de combate : “el cine marxista yanqui no ataca de frente; usa las armas de la hipocresía judaica”. Y se atacaba desde prensa falangista a actores como Chaplin, Eddie Cantor Clark Gable o Norma Shearer, a escritores como Hemingway o las productoras Metro Goldwin Mayer o a la Paramount, tentáculos del poder judío.

En el plano internacional “los judíos” ocupaban un lugar preminente como enemigos del bando nacional y aparecían las contradicciones en la actuación de

algunos responsables falangistas. El Delegado de Falange en Turquía, Fernández Chowyka, recibía desde España el siguiente escrito: “Con respecto a los sefarditas no debes admitirlos en nuestra organización. Es un asunto que ha de ser detenidamente estudiado y sometido a la opinión de las jerarquías superiores del Movimiento, mientras tanto debes atenerte a las normas de conducta que antes te indico”. Lo que antes se indicaba era el no precipitarse. Debieron pesar más en las jerarquías del Movimiento las ráfagas antisemitas de países amigos que la consideración de fidelidad histórica de esas minorías de judíos españoles que, después de haber sido expulsados de su patria, continuaban cuatrocientos cincuenta años más tarde, reafirmando orgullosos su origen con su nombre colectivo. En octubre de 1938 las jerarquías habían decidido por fin la no admisión de judíos: “...pasa a constituir una norma de carácter general que debe ser conocida, en forma confidencial, por los Jefes y Delegados de Falange Española Tradicionalista y de las JONS en el Exterior, a fin de que se abstengan de admitir en nuestras Organizaciones a los judíos sefardíes, aun cuando tuvieran la nacionalidad española.”

El españolismo de la Falange, que no se sujetaba a conceptos raciales o telúricos en opinión de Primo de Rivera y cuya preocupación por el tema judío fue bastante escasa, quedaba en entredicho. Todo lo más se pensaba entre algunos sectores de la Falange, en la posibilidad de que los sefarditas pudieran formar sociedades en favor de los nacionalistas apoyadas por la Falange. Pero incluso esta opción producía cierto temor a la hora de respaldarla ante las jerarquías de Exterior. Algunos falangistas, y así ocurría con Juan Beneyto, falangista muy pro-germano, ya acabada la guerra, le decía a Foxá que fuera él quien propusiera a Exterior esa medida. El Delegado rumano de la Falange, en un medio proclive al antisemitismo y en unas circunstancias donde imperaba la hostilidad se contagiaba de aquello. En otra comunicación enviada por Agustín de Foxá, en diciembre de 1940 a ese jefe falangista, se justificaba de cierta carta de presentación que había hecho para un afiliado judío (posiblemente admitido por error) en el hecho de ser puro compromiso y declarando no tener el menor interés por él. Apatía, indiferencia, falta de compromiso. Planteado el problema, sobre todo en el área de los Balcanes, el Inspector para aquella zona Alfonso de Zayas había propuesto al Delegado en Rumanía la siguiente medida en junio de 1939: “Yo creo, y más por la experiencia que tienes, se podría crear algo en los países balcánicos que podría halagar a los que siempre han tenido un sentido Nacionalista y adhesión sincera al Generalísimo... Por ejemplo: SIMPATIZANTES SEFARDITAS, ADHERIDOS SEFARDITAS y MILITANTES SEFARDITAS, pero siempre agregando la palabra SEFARDITA que no les daría ningún derecho en el Partido, y sí un título honorífico con el que premiaríamos su entusiasmo.”. Estas palabras de Alfonso de Zayas, después de la circular prohibitoria de la admisión y del sentimiento antisemita que barría Europa central, se debe considerar, a pesar de todo, como favorable para los sefarditas.

En los ánimos de muchos falangistas había intereses encontrados. Por una parte, escasa devoción hacia el fenómeno judío al que se emparentaba con los peores enemigos: masonería y comunismo, y por otro, la realidad de los judíos sefarditas a quienes desde una actitud hispánica se hacía preciso englobar en el proyecto de expansión civilizadora de España. Una realidad añadida y contradictoria complementaba el tema de los sefarditas, la de que apoyaban, en casos, la causa nacional y aportaban recursos y que, sin embargo, seguían siendo judíos....

En 1943 el fenómeno judío y su aniquilación en la Europa dominada por el nacionalsocialismo eran una especie de órdago que recibía España. Las autoridades diplomáticas españolas imaginamos que cumpliendo y no desobedeciendo al gobierno de España, a su gobierno, hicieron gestas. Quedan los gloriosos nombres de Sanz Briz y otros, del cónsul Giorgio Perlasca, miembro del PNF e integrado en la Falange y la de otros diplomáticos de la nueva España con la titánica labor que desarrollaron en Budapest o en Salónica o en Francia y en otras ciudades de Europa y del norte de África.

5

Hispanoamérica

José Lorenzo García Fernández

A mediados de los años sesenta, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense de Madrid se estudiaba ,en primer curso de Comunes, un compendio de Historia de España escrito por el catedrático D. Ciriaco Pérez Bustamante, académico y Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. El texto era muy completo, y como gran experto en el tema, dedicaba más de seis capítulos del mismo a relatar el desarrollo del Descubrimiento de América, los viajes, conquistas, gobiernos de las Indias Españolas, economía de los Virreinos, cultura, arte, y además uno concreto a la extraordinaria labor de la Iglesia en la América hispana. Más adelante, en la especialidad de Arte se dedicaba especial atención, de la mano del profesor Marco Dorta, al desarrollo del Arte Hispanoamericano. No recuerdo que en aquella época se prodigarán “clases especiales” para hablar del desarrollo de la nefasta Leyenda Negra propagada por el mundo anglosajón y el protestantismo. Quizás en esa época el estudio de la historia de América era mucho más descriptivo, neutral y no deseaba profundizar en polémicas y análisis sociológicos ni políticos. A Pérez Bustamante se le encasilla ahora (Wikipedia) en los parámetros historicistas del Movimiento. Apenas se citaba entonces a Fr. Bartolomé de las Casas con su hiperbólica Brevísima de 1551. Tampoco a Juderías. Ni demasiado a Francisco de Vitoria, Quevedo (España Defendida...) y otros autores importantes. Pero si conservo todavía constancia gráfica de mi nacimiento, curiosamente un 12 de octubre de 1946. Un vendedor avisado se pasaba por las casas de mi barrio de Marqués de

Vadillo, con un pergamino editado por Avely, bellamente iluminado –Los hijos de la raza-. En él figuraba mi nombre, fecha, lugar y hora de nacimiento en letras manuscritas de caracteres españoles clásicos. Mi hermano nacido también en octubre del año anterior tuvo otro semejante. Serigrafiados en color aparecían todos los grandes iconos de nuestra mejor y grandiosa historia: los Reyes Católicos, El Cid, Cristóbal Colón, Cervantes, Velázquez, Don Quijote, Sancho, y el emperador Carlos V. También había una pintura de las Tres Carabelas surcando el océano y una imagen culturalmente antropológica y totalmente respetuosa, dignísima, de un jefe indígena hispanoamericano con su característico penacho. El concepto de “raza” no tenía entonces en España ningún aspecto peyorativo. Era un término noble, de mestizaje, de integración de las tierras del Nuevo Mundo en nuestra idiosincrasia, en los valores cristianos que inspiraron avanzadas leyes.



Sigfredo Hillers redactó en los años sesenta un pequeño trabajo monográfico recopilatorio que usó para la obtención del título de Graduado Social. Lo publicó en 1981 el Fondo de Estudios Sociales: LA OBRA SOCIAL DE ESPAÑA EN AMERICA. Nuestro ya destronado y fiel prior benedictino del Valle de los Caídos, Santiago Cantera, ha abordado recientemente el tema (Luces de la Hispanidad. Sekotia, 2022) y bebiendo inicialmente en aquellas fuentes profundizó en esa fértil vertiente historiográfica. Nuestra legislación hacia los pueblos recién descubiertos, siempre adelantada en más de dos siglos y por ello no conocida entonces en el mundo moderno, de la mano de la Escuela de Salamanca y el Padre Vitoria fueron pioneras en integración, previsión social, arquitectura, diseño de ciudades, hospitales, universidades, agricultura, metalúrgica ...en 1551 se creó ya la primera cátedra de Medicina en la Universidad de México. Pocas décadas después otras en Lima y Bogotá. En Norteamérica hubo que esperar a 1765. ¿Quizás esta sea la causa de que España tenga ahora uno de los mejores sistemas de Seguridad Social del mundo? .

Hace dieciséis años irrumpió un auténtico vendaval reivindicativo de la labor civilizadora de España en América. Nos referimos a María Elvira Roca Barea. Investigadora de enorme rigor y prestigio internacional. IMPERIOFOBIA Y LEYENDA NEGRA (Siruela, 2016) con sus más de cuarenta ediciones, ha sido una

auténtica piedra de toque para contrarrestar todas las mentiras y exageraciones de la conquista de América. Se desmontan aquí los lugares comunes, mentirás y contradicciones de los ataques indiscriminados a los grandes Imperios y especialmente los dirigidos a la recreación y montaje de la denominada Leyenda Negra sobre España. La historiadora malagueña pone especial énfasis en rebatir algunas teorías de la famosísima obra del barón prusiano Alejandro de Humboldt (Ensayo político sobre el reino de la Nueva España.1811). Sin dudar del indudable valor geográfico y cartográfico, antropológico y económico (climas, población, enfermedades, agricultura, minería...) de ésta monumental obra, producto de sus viajes a Hispanoamérica (Cuba, Nueva España, Nueva Granada, Perú... entre 1799-1804), Humboldt parece que trató de atenuar la verdad acerca de nuestro Imperio, trabajando por su disgregación y destrucción. Sus jugosas consultas de archivos confidenciales del Reino de España, especialmente las referencias a los ricos minerales fronterizos en la venta de Lousiana por los Borbones (1804). El pago de quince millones de dólares resultó ser un excelente botín de gran provecho para el expansionismo norteamericano del presidente Jefferson. Roca Barea también contrasta algunas teorías del gran hispanista inglés John Eliot (Imperios del mundo Atlántico: Gran Bretaña y España. 2006) dónde según ella parte de un cierto racismo -“los indios del norte no era aptos par el trabajo”- y busca sustanciales diferencias entre indígenas del Norte y el Sur. Una de las causas de su posterior aniquilación. Recientemente, con motivo de la conmemoración del 250 años de la Independencia de las 13 colonias británicas de la costa del Atlántico, Roca Barea ha seguido con su labor ardua y difícil de explicar las auténticas verdades de la historia y la geopolítica más reciente.

Propaganda es un concepto hoy totalmente tergiversado y convertido en un ariete para convencer al destinatario no advertido. Se trata de un término que se escribe prácticamente igual en casi todas las lenguas modernas. El grafismo en imágenes es su mejor y más sencillo elemento. La edición inglesa de la Brevísima (1583) en época del auge religioso de Enrique VIII se realizó con los famosos grabados de Théodor de Bry. Diecisiete imágenes atroces de indios descuartizados ante la mirada indiferente de los españoles, niños asados, torturas... quizás fueron la causa del éxito del libro. Texto que seguramente no leyó casi nadie. La Monarquía Católica no se defendió bien. La propaganda es un invento protestante. Una imagen siempre es mucho más eficaz que sesudos textos. Las armas deben ser las mismas: atacar. Sirven para crear anticuerpos. El lienzo de Tlaxcala



(1522) es un claro ejemplo de ese uso en el pacto de Cortes con los caudillos tlaxcaltecas frente a la opresión de los mixtecas. El lienzo de tela de algodón (4x2 metros) de confección indígena, consta de 86 cuadros donde se relatan encuentros, expediciones y batallas. Mediante el análisis del lenguaje no verbal se explica perfectamente que se están pactando condiciones de un acuerdo, de una alianza con los jefes indios. Asimismo se enumeran los valiosos bienes con que fueron obsequiados los conquistadores. Especialmente Hernán Cortes, que aparece casi siempre acompañado de Marina -antigua esclava de los Mexicas, también llamada La Maliche- fidelísima interprete del maya y del nahuatl. Los gestos y movimientos deícticos, señales vestuarias, posiciones y territorialidades, son muy elocuentes. También el denominado lenguaje de objetos de los regalos que son entregados: ropas, oro, plumas, joyas... Aparecen en esa imagen un grupo de mujeres perfectamente ataviadas (esclavas de los aztecas para el sacrificio ritual y periódico a su dios Quetzalcóatl) que fueron ofrecidas por los cuatro caciques locales tributarios del emperador Moctezuma, pero sin embargo fueron rechazadas por Cortés. Las palabras no son apenas necesarias. Únicamente aparecen como rótulos indicando el lugar de los encuentros. Destaca una representación de los primeros bautismos de los indígenas realizados en la casa de Cortés. Su posición siempre está situada más elevada que le resto, junto a sus soldados armados y aparece sentado sobre una silla española de la época. Los personajes indígenas aparecen ricamente ataviados y tocados según su dignidad. Uno de ellos se representa con fisionomía de ciego.

No queremos terminar éste breve artículo sin mencionar algo que desde hace muchas décadas inunda los mensajes periodísticos, referencias literarias, textos escolares, televisiones, crónicas, vídeos, nos referimos al concepto equivoco de Latinoamérica (Latino) en contraposición al de Hispaniamérica o Hispano. ¿Hasta cuando tenemos que aguantar ese concepto peyorativo, excluyente, ignorante?, introducido por la Francia de Napoleón III para tratar de imponer un emperador en la antigua Nueva España (México), y que teniendo en cuenta el aspecto residual de su herencia, ignora a los países caribeños. Trata de diluir la gigantesca contribución de la Monarquía Hispánica e iberoamericana con Portugal, a una latinidad sin carácter específico. Hasta ya se habla de un término casi extraterrestre (Latan). Simplemente se trata con el uso de ese concepto excluyente, de eliminar fronteras. De no valorar lo propio. Nuestro mapa conceptual e histórico de misión y civilización cristiana. Muy diferente al de los otros imperios históricos. Aunque quizá esta sea ya una batalla perdida no perdamos la esperanza. Más de 500 millones de hispanohablantes, de los cuales ya hay más de 80 en Estados Unidos y con la valentía del futuro de nuevos políticos, nos pueden todavía avalar.

El ensayo desaparecido de José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante

Silvia Trápaga para El Debate

En 1993 apareció en el número 57 de la revista Razón Española un ensayo inédito de José Antonio Primo de Rivera, escrito de su puño y letra durante su estancia en la cárcel de Alicante. El texto fue hallado en la conocida maleta que contenía sus últimos escritos de prisión, custodiada durante años por el dirigente socialista Indalecio Prieto y devuelta a la familia varias décadas después.

Según se indicó entonces, el escrito había sido facilitado a la redacción por su primo José Luis Sáenz de Heredia y fue publicado bajo el título de España: Germánicos contra bereberes. Aunque algunos autores ya habían advertido de la existencia de un último ensayo del fundador de Falange, la revista fue la primera en reproducir su contenido, si bien con determinadas omisiones y bajo un encabezado que no coincidía exactamente con el original. Tres años más tarde, el texto fue incluido en el libro Los papeles póstumos de José Antonio, de Miguel Primo de Rivera

y Urquijo. Paralelamente, la revista falangista Nosotros publicó íntegramente el manuscrito en respuesta a las lagunas detectadas en la reproducción de Razón Española.



Fecha el 13 de agosto de 1936, el ensayo forma parte de las reflexiones que José Antonio Primo de Rivera desarrolló durante su

reclusión en Alicante. El abogado había sido encarcelado el 13 de marzo de 1936 por tenencia ilícita de armas, al tiempo que Falange Española era ilegalizada. Tras permanecer inicialmente en una prisión madrileña, fue trasladado a la prisión alicantina el 6 de junio de ese mismo año. Allí permanecería hasta ser condenado a muerte y ejecutado en la madrugada del 20 de noviembre.

El texto comienza con una reflexión sobre la Reconquista y sobre la percepción histórica que los españoles han tenido de sí mismos a lo largo de las sucesivas dominaciones sufridas por la Península. Fenicios, cartagineses, romanos, godos y africanos aparecen en su planteamiento como ejemplos de poderes externos que se sucedieron sobre una misma realidad geográfica.

En ese contexto, el autor sostiene que el sentimiento popular no tendía necesariamente a identificarse con los antiguos resistentes frente al invasor, sino con

quienes habitaban la tierra en cada momento. De ahí que escribiera: «El invasor era siempre nuestro enemigo; el invadido nuestro compatriota».

A partir de esa observación, José Antonio contrapone dos formas de entender la patria. Por un lado, la razón de tierra, vinculada al sentimiento de pertenencia a un espacio físico determinado. Por otro, la razón de destino, entendida como la continuidad histórica y espiritual de una comunidad a lo largo del tiempo.

Para ilustrar esta idea recurre al ejemplo americano, señalando que los pueblos hispanoamericanos se sienten plenamente identificados con las naciones que habitan, aunque sean conscientes de la herencia histórica de quienes contribuyeron a formarlas.

Tras esta primera reflexión, el autor desarrolla la tesis central del ensayo, centrada en la herencia cultural española y en la tensión histórica entre dos influencias que considera determinantes: la europea y la norteafricana. Algunos intérpretes han visto en este planteamiento una formulación de categorías étnicas o raciales.

Sin embargo, otros autores sostienen que la oposición descrita por Primo de Rivera es esencialmente política, histórica y espiritual. Esta interpretación suele apoyarse en otros escritos y discursos del propio José Antonio, en los que la cuestión racial ocupa un lugar secundario o inexistente. De hecho, tras visitar la Alemania nazi en 1934, manifestó reservas respecto a la utilización de la raza como fundamento político del Estado y consideró que ese planteamiento podía convertirse en una debilidad para el régimen alemán.

En el ensayo, la denominada constante bereber aparece caracterizada como una sociedad poco vinculada a la territorialidad política, estructurada en torno a pequeñas propiedades y formas de convivencia que, en ocasiones, alcanzan fórmulas colectivas. Según el autor, esa realidad habría favorecido una existencia relativamente pacífica y estable, aunque limitada para impulsar grandes empresas culturales o históricas.

Frente a ella sitúa la Reconquista, que define como una «gran empresa europea», asociada a la influencia cristiana y germánica. En su interpretación, esa vertiente habría introducido estructuras feudales, fortalecido la noción de propiedad y contribuido a la organización de grandes proyectos colectivos. La monarquía, la Iglesia y la aristocracia aparecen así como elementos fundamentales del orden político que se fue configurando durante la Edad Media.

Esta reflexión recuerda parcialmente algunas ideas desarrolladas por José Ortega y Gasset en España invertebrada. El filósofo había señalado que determinados procesos históricos de Europa occidental actuaron como factores de renovación y cohesión política para diversos pueblos.

Primo de Rivera parece recoger parte de esa preocupación por la construcción histórica de los grandes proyectos nacionales, aunque desde presupuestos ideológicos

diferentes. A lo largo del manuscrito, el autor contrapone dos tendencias que considera presentes en la historia española: una vinculada a la conservación, la estabilidad y la convivencia –bereber–; otra asociada a la expansión, la competición y la construcción de nuevos horizontes históricos –germánica–. En ese contexto, interpreta numerosos conflictos políticos españoles como la manifestación contemporánea de esa dualidad histórica.

Uno de los pasajes más significativos del ensayo es aquel en el que afirma: «Lo que odian, sin saberlo, no es el fracaso de las instituciones que denigran, sino su remoto triunfo; su triunfo sobre ellos, sobre los que odian. Son los bereberes vencidos que no perdonan a los vencedores, católicos, germánicos, haber sido los portadores del mensaje de Europa».

A través de esta interpretación, José Antonio proyecta su análisis histórico sobre el contexto político de 1936, defendiendo que aún subsistían corrientes ideológicas herederas de aquella dualidad y que determinadas posiciones políticas contemporáneas podían entenderse como una prolongación de conflictos muy antiguos. El ensayo concluye con una reflexión de carácter filosófico y abierto. En una de las últimas preguntas que dejó escritas durante su cautiverio, plantea:

«¿Podremos transmutar nuestro patriotismo de stirpe, que ama a esta tierra porque nuestros antepasados la ganaron para darle forma, en un patriotismo telúrico, que ame esta tierra por ser ella, a pesar de que en su anchura haya enmudecido hasta el último eco de nuestro destino familiar?»

Por su contenido y trascendencia, la autoría y el significado de este ensayo han sido objeto de debate entre distintos estudiosos. Algunos investigadores han planteado reservas sobre determinados aspectos de su interpretación, mientras que otros han destacado su interés intelectual.

El historiador Stanley G. Payne lo consideró una de las reflexiones más sugerentes de José Antonio sobre la posición de España en la Historia. Por su parte, el filósofo Gustavo Bueno comentó el texto y señaló que la tesis desarrollada por el fundador de Falange constituía una aportación singular dentro de las teorías bifactoriales sobre la estructura histórica española.

A día de hoy, Germánicos contra bereberes; 15 siglos de Historia de España continúa siendo uno de los manuscritos más discutidos y menos conocidos de cuantos escribió José Antonio Primo de Rivera durante sus últimos meses de vida. Su aparición tardía contribuyó a alimentar el interés historiográfico por los llamados papeles póstumos y abrió un nuevo espacio de debate sobre el pensamiento del fundador de Falange, la interpretación de la historia de España y los fundamentos intelectuales de su proyecto político.

Me llamó mi amigo Togores y me pidió que la recibiera. Era una universitaria. De la Universidad pública, además. Y estaba haciendo, pásmense ustedes, una investigación sobre la actualidad de la memoria histórica desde la Transición, especialmente en torno a la figura de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia.

Con un nombre así estaba destinado a fundar y liderar un partido cuyo nombre tampoco se quedaba corto: Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Menos mal que Julio Ruiz de Alda había intervenido previamente en el negocio del acrónimo y aquello pudo quedarse, al menos durante un tiempo, en las mucho más manejables siglas de FE. Y vino a verme a mi cubil de la calle Julián Romea.

Era una chica espigada, morena, con tintes rojizos. Ya conocen ustedes esa querencia de las mujeres por el rojo, tengan la edad que tengan, aunque suele acentuarse cuando llegan a la de piedra. Y que cada cual interprete lo de la piedra como mejor le acomode, que uno ya ha alcanzado una edad en la que procura no buscarse más enemigos de los estrictamente necesarios.

Nos sentamos en la terraza cubierta del bar iraní que está a la puerta de los estudios audiovisuales y allí comenzó el interrogatorio. Porque aquello fue un interrogatorio en toda regla. Quería saber mi opinión sobre la mentada Ley de Memoria Histórica, singular empeño legislativo porque uno siempre había creído que la memoria pertenecía a ese reducto último de la libertad humana que es la cabeza de cada cual. Pero parece que no. Parece que la memoria también puede legislarse, reglamentarse y hasta sancionarse. Debe de ser uno de esos curiosos prodigios de nuestro tiempo: viva la libertad de pensamiento y cuidadito con pensar lo que no toca.

La muchacha preguntaba y preguntaba. Y yo, que tengo más peligro ante una pregunta que un concejal ante un micrófono, contestaba y contestaba. Así empezó todo. La universitaria se llamaba y se llama Silvia. Hoy ya es periodista graduada y, entre aquel interrogatorio y unas cuantas conversaciones posteriores, nos hicimos amigos. Luego llegó mi particular encuentro con la novia de la Legión. Ya saben cuál.

Vino a reclamarme antes de tiempo y, por fortuna, conseguí escapar de sus pretensiones. Algo tuvieron que ver, estoy convencido, las oraciones de mis nietos, de mi familia, de mis amigos, de mis alumnos y de docenas de personas, algunas incluso desconocidas para mí, a las que nunca podré agradeceréelo bastante. Durante aquella temporada Silvia empezó a visitarme con frecuencia en casa.

Hablábamos de libros, de Historia, de periodismo, de sus proyectos, de sus aventuras y de esa vida que a determinadas edades parece que va a durar eternamente. Lo hacíamos muchas veces en la cocina, mientras ella fumaba. Yo ya había abandonado el tabaco, definitivamente además, y bien que lo siento por todos mis Zippo, convertidos desde entonces en pequeñas piezas arqueológicas de una existencia bastante menos saludable y probablemente bastante más divertida.

Silvia hasta llegó a cantarme. Y tengo que reconocer que no lo hacía mal. En aquellas mismas visitas de caridad coincidió con otra periodista, hoy compañera mía de cubil y tareas en la Universidad, de la que ya he hablado alguna vez en estas páginas. Se conocieron, congeniaron y se hicieron amigas. Uno, a ciertas alturas de la vida, empieza a descubrir que quizá su verdadera función no sea ya protagonizar historias, sino presentar a los personajes para que las historias continúen sin él.

Silvia, entretanto, se dedicó con una perseverancia casi obsesiva a comprar libros sobre el asunto en el que se había especializado. Libros y más libros. Y luego alguno más, por si acaso.

Cuando abandonó la Universidad para entrar en la empresa privada, cualquiera podría haber pensado que se había terminado aquella pasión. Pues no. Continuó impertérrita, acumulando lecturas, ideas, proyectos y futuro. Sobre todo, futuro. Porque, si hubiera que definir a Silvia con una palabra, probablemente sería potencialidad. Tiene mucha. Muchísima. En ocasiones algo dispersa, eso también hay que decirlo, porque quien se empeña en abrir simultáneamente todas las ventanas termina alguna vez cogiendo corriente. Pero prefiero mil veces a quien tiene demasiados caminos por recorrer que a quien, a los veinte y tantos años, ya ha decidido sentarse en la cuneta.

Y llegó el pasado jueves. Silvia tomó la alternativa de mi mano. Fue en un espacio cultural madrileño, ante un público en el que se sentaban profesores universitarios especializados en la materia, estudiosos y alguna figura prominente del periodismo patrio. No era, precisamente, una parroquia ante la que resultara sencillo ponerse a hablar de José Antonio Primo de Rivera sin llevar los deberes hechos. Ella los llevaba.

Su conferencia partió de una idea inteligente: los seis José Antonios. Fue desgranando al personaje histórico desde diferentes ángulos y momentos de su biografía, separando las sucesivas imágenes que se han ido construyendo alrededor de un hombre sepultado demasiadas veces bajo su propio mito. Y lo hizo con documentación, con soltura y, que es todavía más difícil cuando se aborda un personaje de semejante voltaje



histórico y político, provocando incluso alguna sonrisa entre el público. Yo la observaba desde mi sitio.

Algo tiene de extraño contemplar a alguien a quien conociste haciendo preguntas sentado contigo en la terraza cubierta de un bar iraní y descubrir, unos años después, que es ella la que tiene delante a todo un auditorio escuchando sus respuestas. Terminó. Hubo aplausos. Hubo parabienes. Hubo corrillos. Y entonces ocurrió lo inevitable. Había nacido un lucero.

Unos y otros la secuestraron para felicitarla, preguntarle, discutir algún extremo, pedirle explicaciones o prolongar el debate. Esa es una de las mejores cosas que pueden sucederle a quien acaba de pronunciar una conferencia: que nadie tenga demasiada prisa por marcharse. Y yo me quedé un poco apartado, mirando. Me sentí como un padre que contempla a su hija dar los primeros pasos y balbucear las primeras palabras.

Pero no sería justo. Primero, porque Silvia sabe andar bastante mejor que yo, especialmente desde que mis piernas decidieron empezar a negociar conmigo cada desplazamiento. Y segundo porque aquella tarde demostró sobradamente que no balbucea, habla. Sabe lo que quiere contar. Y, lo que resulta bastante más raro, tiene algo que contar.

Para alguien que lleva años rodeado de alumnos, que ha visto entrar muchachos con miedo a escribir tres líneas y después los ha contemplado defender un texto, una entrevista o una investigación como si siempre hubieran sabido hacerlo, hay pocas satisfacciones comparables. Llega un momento en el que los maestros, si de verdad han cumplido con su obligación, deben apartarse. El alumno continúa. Y a veces adelanta. Bendito sea. Después Silvia me escribió. Entre otras cosas, me dedicó la frase políticamente más bonita que me han escrito nunca. Y esa me la guardo yo.

Porque la memoria, por mucho que algunos se empeñen, todavía conserva un pequeño territorio sobre el que no se legisla.

8

Mercedes Fórmica, la “reina literaria de la nostalgia y del feminismo nacional sin gritos”

Fernando Palomo para La Otra Crónica

Sorprende que aún hoy algunas de las batallas políticas que ganó Franco se den por asumidas sin demasiados reparos por la historiografía oficial que se dice antifranquista y ha aprobado dos leyes de memoria para que nadie pretenda utilizar la suya propia. Una de ellas es la identificación del régimen surgido de la Guerra Civil con el falangismo e incluso con su fundador. Poco tuvo que ver, sin embargo, José

Antonio Primo de Rivera ni con el golpe del 18 de julio de 1936 ni con el régimen que ya a partir de octubre de ese año empezaron a diseñar Franco y sus generales.



Quienes como Mercedes Fórmica (1913-2002) habían integrado la nómina de aquella primera Falange presentada públicamente en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1933 dedicaron prácticamente toda su vida a intentar despojarse del manto de silencio que calló sobre todos ellos como una losa, especialmente a partir de su rechazo al Decreto de Unificación de 1937 que amalgamaba el partido con carlistas y católicos.

"Yo entro en Falange en el año 33", explicaba Fórmica en una entrevista en 1991.

"A mí el personaje que me fascina es José Antonio, y entonces me arrastra con algo que quizá era irrealizable, con aquello de que 'no somos un partido de derechas que, por conservarlo todo, conserva hasta lo injusto, ni de izquierda que, por destruirlo todo, destruye hasta lo bueno'. Yo era muy joven, con gran sentido de la justicia social que aquel político en ciernes prometía. Quería, también, hacer realidad la reforma agraria y, desde luego, lo que la gente no sabe es que la derecha lo detestaba. Los falangistas éramos una minoría. A mí me coge la guerra en Málaga (...) y llego a Sevilla y me encuentro con un antiguo compañero -con el que yo me había peleado en una discusión tremenda sobre José Antonio- vestido de riguroso falangista. Comprendí que ya la Falange había cambiado totalmente. Era una cosa de aluvión que se interpretó y manipuló a favor de Franco, que de falangista no tenía nada (...) Yo nunca he negado mi condición de antigua falangista hasta que José Antonio fue fusilado por sus ideas". Aquel partido, lleno de entusiasmo revolucionario y vinculado a alguno de los autores más vanguardistas del momento, se había convertido en un "gigantesco albondigón" de obligado cumplimiento, "como el impuesto en Roma por el decreto de Constantino", escribiría Fórmica.

Había nacido en Cádiz, pero cuando contaba con apenas 11 años, su familia fue trasladada a Sevilla. Allí comenzó sus estudios universitarios, primero en Filosofía y Letras y luego en Derecho. "Ser universitaria", escribe Miguel Soler Gallo en el prólogo de 'Pequeña historia de ayer' (Renacimiento, 2020), el volumen que recoge sus tres libros de memorias, "le abría puertas en el ambiente intelectual sevillano de la época, y pudo compartir veladas con destacadas figuras, como García Lorca, Jorge Guillén, Ignacio Sánchez Mejías, Pepín Bello o Encarnación López, la Argentinita".

Pero en 1933, debido al divorcio de sus padres, se traslada a Madrid, donde formará parte del primer Consejo Nacional del SEU, el sindicato estudiantil vinculado a Falange. En 1937, en plena Guerra Civil, se casa con Eduardo Llorent y Marañón, ex director de la revista 'Mediodía', en torno a la cual se originó la Generación del 27, y tras la contienda será habitual colaboradora de Escorial (la revista de Dionisio Ridruejo). En los años 50, publicará tres de sus principales novelas: 'Monte de Sancha', sobre el terror rojo vivido en Málaga al comienzo de la Guerra, 'A instancia de parte', donde cuestiona el adulterio masculino, y 'La ciudad perdida', una particular historia del maquis.

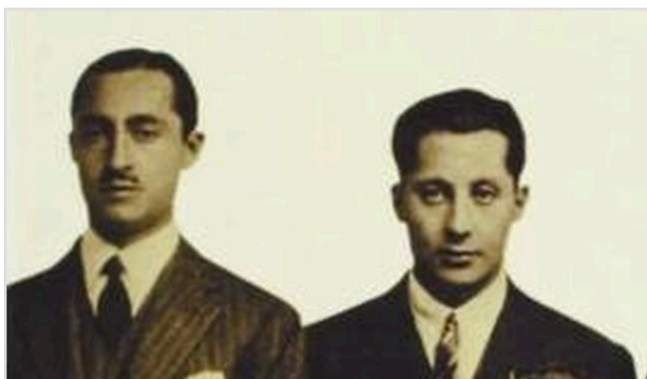
Sin embargo, será su actividad como activa feminista desde su despacho de abogados lo que le proporcionará sus mayores alegrías. Fórmica decidió hacerse eco del caso de Antonia Pernia Obrador, que estuvo a punto de morir después de recibir 10 puñaladas a manos de su marido. Tras la publicación el 7 de noviembre de 1953 en el diario ABC de un artículo titulado El domicilio conyugal, su nombre pasa a convertirse en una referencia internacional. The New York Times, The Daily Telegraph y la revista Time resaltaron la valentía de Fórmica de denunciar la violencia de género en plena dictadura nacional católica.

Tal fue el revuelo, que el propio Franco la hizo llamar al Pardo, y en 1958 el Código Civil sufría la reforma de 66 artículos que acababan con el poder absoluto del marido para enajenar los bienes matrimoniales. Además, a partir de esta reformica (como se la llamó en su día), se sustituía el concepto de casa del marido por el de hogar conyugal, con lo que la mujer podía quedarse en su casa en caso de divorcio; se eliminaba el depósito de la mujer, que obligaba a que ésta quedase depositada en casa de sus padres o en un convento en caso de separación, y permitía a las viudas que volvían a casarse mantener la patria potestad sobre los hijos de su primer matrimonio.

Pese a su legado, Fórmica tuvo siempre la convicción de que a los miembros de su generación (la del 36) los "silenciaron". "¿De buena o mala fe? No lo sé (...) Como si no hubiese existido", le respondió en 1997 a Natalia Figueroa en una entrevista en ABC. Para luchar contra este olvido, en los años 80 había escrito tres tomos de memorias, 'Visto y Vivido', 'Escucho el silencio', y 'Espejo roto, y espejuelos', que la editorial Renacimiento ha publicado juntos por primera vez. Francisco Umbral, recuerda Miguel Soler Gallo, la definió como "la reina literaria de la nostalgia y del feminismo nacional sin gritos".



La última vez que pudo visitarlos, en otoño del 36, Jay Allen los describió, a José Antonio Primo de Rivera y a su hermano Miguel, en la entrevista que publicó en *The Chicago Tribune*, como dos hombres jóvenes, morenos, de buen aspecto, vestidos con pantalón blanco algo sucio, camisa de cuello abierto, alpargatas raídas. Esa imagen contrasta con el falangista vestido orgullosamente con mono azul brillante, cabeza erguida, manos a la espalda y mirada desafiante, tal como se había retratado a José Antonio en la cárcel Modelo. Varios meses habían pasado entre una y otra estampa, y entremedias la situación de los Primo de Rivera había cambiado ostensiblemente.



Incomunicados desde agosto, sin correspondencia ni prensa, José Antonio y Miguel comentaban las pocas noticias que les llegaban a través de los guardias o de otros presos durante la hora de ejercicio que hacían en el patio cada mañana. Allí se juntaban, a pleno sol, inquietos, indagando incesantemente

sobre la marcha de la guerra.

—La cosa no puede ir mal, José Antonio. Si nos mantienen incomunicados es porque no se ha agotado la sublevación. Si no, nos habríamos enterado.

—¿Qué les oíste anoche a los presos que acaban de llegar?

Las últimas personas en visitarlos habían sido Carmen Primo de Rivera, Margarita Larios y la tía «Ma», en julio. Como desde entonces no tenían otra información de lo que sucedía fuera, los hermanos aguzaban los oídos intentando escuchar a los presos que llegaban nuevos. Por uno supieron lo de la quema y fusilamientos de la Cárcel Modelo a finales de agosto. El incidente fue muy sonado. Los nombres de los fusilados, empezando por Melquíades Álvarez, Ruiz de Alda y su hermano Fernando, se habían publicado en los diarios. Sabiendo quienes eran los dos prisioneros especiales, no había sido difícil para los demás hacerles llegar la información. Aquello afectó mucho al estado de ánimo de los Primo de Rivera, quienes hacían todo tipo de cábalas sobre su futuro. Por una parte, José Antonio se preparaba para el juicio que entendía inminente, y al mismo tiempo para una posible fuga.

—Dicen que los falangistas saben que estamos aquí, José Antonio. Que Manuel Hedilla, en Valladolid, ha asumido la jefatura interina de Falange. Están fraguando planes para liberarnos. Hay que estar preparados.

—Lo estamos, no podemos hacer más de lo que hacemos, Miguel.

Verbigracia: mantenerse en forma con su hora diaria de ejercicio, corriendo, jugando al balón en el patio de la cárcel, haciendo ejercicios de gimnasia cada cual en su celda, de noche y de madrugada.

—También dicen que han caído San Sebastián y Talavera de la Reina. Que Mola está atascado en la sierra, pero que las tropas de Franco están a las puertas de Madrid y que debate entre liberar el Alcázar o hacer caer la capital.

—Tiene que rendir Madrid. Así caerá el resto.

—Si eso es así, dentro de poco podrían estar aquí y liberarnos.

—El problema, según se acerquen, es que corremos el riesgo de que nos fusilen —murmuró José Antonio, preocupado. Y calló, porque no quería que los oyera el guardia, uno de los más veteranos e inflexibles, que se les acercaba.

—¿Sabes quién está al frente de la Legión, en Extremadura? —continuó Miguel, cuando se alejó el carcelero—. Juanito Yagüe.

José Antonio asintió complacido. Yagüe era un camisa vieja, el primero de los militares que se sacó el carné de Falange. Uno de sus principales enlaces con el Ejército. A José Antonio, a diferencia de Franco, Yagüe le cayó bien desde el principio. Lo mismo que Mola, a quien consideraba, dentro de España, lo que más se parecía a un general alemán.

—Siempre me dio buena espina ese hombre, Miguel —dijo.

10

Laurel

Demetrio Castro Villacañas



Cubra tu sien laurel reverdecido
y en el silencio de tu muerte extraña
vibre un grito de gloria para España,
al filo de tu sangre conseguido.

Lama el río tu tumba estremecido,
y, al vuelo de su corte, la guadaña
labre ritmo de amor y no de saña
para tu eterno sueño de elegido.

Florezca el bosque en ti, en ti la rosa;
y cada invierno, sobre el cuerpo helado,
cante la nieve llama venturosa

para arrullar tu puesto conquistado.
Y grabe sobre ti la mejor prosa
el himno al sacrificio del soldado.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com